

rier, oportuno, eficaz y abnegado y hasta colaborador en una improvisada aventura de novela. En Chile, y por chilenos, se han emprendido los estudios más minuciosos, completos y profundos de la anatomía y fisiología de su verso y de su prosa, poesía siempre.

Recordemos, entre los iniciadores de los estudios darianos a quienes, antes de tiempo, nos han abandonado: Francisco Contreras, Armando Donoso, Y, entre los que con ejemplar perseverancia, prosiguen con amor e inteligencia en esta pulcra disciplina: Arturo Torres Rioseco, Julio Saavedra Molina, Raúl Silva Castro.

Finalmente en Chile, Alberto Ghirardo, su noble amigo argentino de toda la vida, en medio de los afanes de una vida en zozobra, le levantó el monumento que, junto al poeta excelso, nos muestra al hombre puro y bueno. Tal significado tiene la publicación, primero en Santiago, más tarde en Buenos Aires, todo ello obra de la piedad filial de Alberto Ghirardo, del epistolario o archivo de Rubén Darío.

En la eternidad del maestro hay el amor de los días de iniciación que son chilenos. Cuando dedicaba al Presidente Balmaceda el Canto Epico a las glorias de Chile, Rubén llamaba a esta tierra, en la que supo de amor y de dolor, su segunda patria.

Hoy, olvidada su frágil envoltura mortal, recuerdo apenas de una sombra, nos queda, aun a quienes sintiéndonos sus hijos no le conocimos, la herencia inalienable de su canto. Hijos somos de su espíritu inmortal, herederos del legado de gloria de su poesía. Puede un día contar a Margarita un cuento milinanochesco. Puede, una noche, recordar a otra Margarita de pasión romántica y, por lo mismo, desdichada. Puede, en las alas de los cisnes, más ilustres que Júpiter, escribir la profecía del destino continental. Puede, en la interrogación del divino cuello de alabastro del ave inmaculada, preguntar a la esfinge por nuestro porvenir de españoles de América

MIENTRAS DOS CRITERIOS LUCHAN ¿GALGOS O PODENCOS?

(De *El Tiempo*. Bogotá, agosto 26 de 1946.)

Se exacerba cada día el sentimiento nacionalista en la faz del mundo y crece oscura y sordamente la pugna entre las dos maneras que tienen, o creen tener, tales sentimientos de prevalecer. Se aprecia de dos modos distintos el esfuerzo de las sociedades humanas en busca de la mejor organización para lograr el bienestar de todos o de un considerable mayor número. Es la antigua competencia, a veces dolorosamente enconada, entre el individualismo de un lado y la acción colectiva; entre el capitalismo absorbente y la equidad económica en rumbo a la prosperidad general. Hasta hace poco más de un siglo el contraste entre las dos maneras de ver apenas empezaba a pasar de los libros a la calle y esos libros se

y americanos de España. Puede, en un imaginario viaje de retorno a la infancia, mirar en el espejo azul de su lago el cielo solar de su Nicaragua natal o la furia vindicativa de su Momotombo legendario. Desde el mirador de nuestro Huelén de pies de seda y frente de roca viva mirará el sol en ocaso en una melancólica saudade, en una lejanía de ausencia y de nostalgia.

Junto a él, que para siempre se queda con nosotros, recordaremos al poeta claro y profundo, voz la más pura de su raza y de su tiempo, en una cultura ilustre y universal como la hispánica. Fiel a su destino de canto, por el canto afirma entre nosotros la eternidad de su presencia.

Lejos del abate galanteador de marquesas queda, alma adentro, la imagen del hombre atormentado por la herida mágica del canto. Hubo, dicen un místico español que se pasó la vida cincelando una custodia. Rubén labró con el sutil tormento de sus nervios muchas ánforas perfectas, muchos vasos sagrados, muchos medallones ilustres. Pero si, en ineluctable cataclismo, custodia, ánfora, vaso, medallón perecieran, siempre en alto, pura y sin mácula, clara y diáfana, cada día más clara, cada día más diáfana, seguirá resplandeciendo, maravilla inmortal, la luz del espíritu.

ROBERTO MEZA FUENTES

llamaban "utopías", que en griego quiere decir «ninguna parte». La lucha no empezó a tomar formas crudas de violencia sino a mediados del siglo pasado. Lo que en Babeuf pareció un desvío de las facultades mentales hacia comarcas de la quimera, en 1848 empezó a tomar formas claras de reivindicación que han seguido creciendo con la predicación de los apóstoles, con la investigación de los filósofos y, sobre todo, con el sentimiento de la desigualdad en las masas que se han ido educando.

Del lado opuesto, la actividad ha sido igualmente activa. No faltan escritores de hondo pensamiento y dilatado saber, convencidos de que es su visión de las relaciones económicas entre los hombres la única

fundada en la naturaleza de las cosas y por tanto la sola destinada a regir permanentemente y con éxito esas relaciones.

La pugna, por desgracia, no pierde en fuerza ni en decisión de parte y otra. Se ha pensado en el peligro de la rebelión de las masas, considerando que la falta de preparación en las multitudes las descalifica a todas luces para tratar de imponer su criterio en el gobierno de los hombres. Es un razonamiento gastado y por su falta de base inepto. De un lado resulta que la difusión del conocimiento logrado por la educación obligatoria en los países cultos, sin contar con las enseñanzas distribuidas hoy gratuitamente por el solo espectáculo de la vida, acrecen el conocimiento del individuo, si tiene capacidad de observación y deducción, cualquiera que sea la clase a que pertenezca. Turbas ignaras lo mismo pululan en las clases desfavorecidas que en las clases altas, y de las últimas han salido observadores económicos del problema social tan sagaces y de visión tan claramente constructiva, como Thorstein Veblen, el autor de *La teoría de la clase ociosa*.

Pero este no es el tema de las presentes líneas. Nuestra inquietud nace, por el momento, de ver cómo los dos grupos humanos ya descritos se enfrentan uno a otro con amagos de hostilidad que mientras tanto se expresan tan sólo en vocablos gruesos o en dilucidaciones oratorias, a lo largo de cuyas frases aparentemente inocuas fluye el veneno diluido de la intención, del temor y aun de la falta de esperanza. Las dos corrientes por su misma naturaleza son inconciliables. No es posible conciliar la noción del uno con el todo, y aunque en su reducto uno de los grupos ha tenido que ir cediendo bajo el peso y dentro del volumen de las opiniones contrarias, el contraste no desaparece y un grupo piensa recuperar lo que ha perdido en ideas mientras el otro quiere poner en práctica cada día nuevas aspiraciones. La actitud de los dos grupos, las diferencias sustanciales, son la mayor amenaza de la civilización contemporánea; en esa lid pueden desaparecer muchas de las amenidades y conquistas de la vida moderna. Entre las conquistas que vamos perdiendo están muchas formas de libertad. Los nihilistas de ayer, los ciegos anarquistas

ANTONIO URBANO M. EL GREMIO

TELEFONO 2157

APARTADO 480

Almacén de Abarrotes al por Mayor

SAN JOSE, COSTA RICA